RECONOCIMIENTOS A ACADÉMICOS Y COMISIONADOS DE LA ANIH

ALFREDO CILENTO-SARLI, PREMIO ALMA MATER DE LA ASOCIACIÓN DE EGRESADOS DE LA UCV

30 de mayo de 2025

Al académico Alfredo Cilento fue reconocido con el prestigioso premio Alma Mater 2025, de la Asociación de Egresados de la UCV. Este galardón se otorga anualmente a un egresado UCV cuya trayectoria refleje un profundo compromiso con la justicia, equidad y solidaridad humana, y cuyos logros profesionales sean de relevancia nacional e internacional, distinguiéndolo como un Egresado Integral. El acto se llevó a cabo el pasado viernes 30 de mayo en el aula magna de la UCV.

El Académico Alfredo Cilento Sarli, es arquitecto y Doctor en Arquitectura, ex decano de la Facultad de Arquitectura UCV e Individuo de Número de la Academia Nacional de la Ingeniería y el Hábitat.





El solemne acto estuvo presidido por el Rector Dr. Víctor Rago, los vicerrectores María Fátima Garcés y José Balbino León, la secretaria general Corina Aristimuño y por el presidente de la Asociación de Egresados Dr. Carmelo Carielo y demás miembros de la Directiva. El académico Rafael Isidro Quevedo Camacho, presidente de ANIH, junto con la académica, Dra. Sonia Cedrés de bello, también estuvieron presentes en el acto.

PALABRAS DE ALFREDO CILENTO-SARLI

Distinguidas autoridades universitarias, profesores, familiares y amigos:

Ante todo, deseo expresar mi profundo agradecimiento a esta mi Alma Mater por el honor que me confiere al otorgarme este premio homónimo.

Por razones evidentes, seré breve en mis palabras.



Nací el 23 de abril de 1936, y recientemente he cumplido 89 años. Apenas alcanzados los 15 años, obtuve mi título de bachiller en el Liceo Andrés Bello, y a los 21 años, me gradué como arquitecto en esta mi querida Alma Mater. Poco después de mi graduación, fui convocado por el Dr. Luis Lander, padre del profesor Edgardo Lander de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FACES), para trabajar en el Banco Obrero, del cual era Director-Gerente. Allí permanecí hasta 1966, llegando a desempeñar el cargo de Jefe de la Oficina de Programación y Presupuesto. Durante mi gestión, llevamos a

cabo el Programa Experimental de Viviendas de San Blas, en Valencia, iniciativa que alcanzó reconocimiento internacional.

En 1968, ingresé a la Facultad de Arquitectura y Urbanismo como docente e investigador. Posteriormente, en 1975, junto a Henrique Hernández y Carlos Becerra, quienes ya no están físicamente con nosotros, fundamos el Instituto de Desarrollo Experimental de la Construcción (IDEC), que hoy celebra su 50 aniversario y ha sido recientemente condecorado con la Orden 300 años UCV. Entre 1984 y 1987 fui Decano electo de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UCV y posteriormente presidente del Consejo de Apelaciones.

En la actualidad, continúo desarrollando propuestas y presentaciones para el IDEC y para la Academia Nacional de la Ingeniería y el Hábitat, de la cual soy Individuo de Número

Los diez años transcurridos entre mi paso por el Liceo y mi egreso de la Facultad coincidieron con la década de la dictadura militar del General Pérez Jiménez. Nuestro lema como estudiantes era claro: marchar, protestar y estudiar. Desde el Liceo Andrés Bello, salíamos a manifestar hacia el centro de Caracas, donde éramos reprimidos con golpes de plan de peinilla por la Policía Militar, a quienes llamábamos "medias blancas" por las distintivas botas que utilizaban. No obstante, la dictadura concluyó la construcción de la Ciudad Universitaria, proyecto que se extendió entre 1940 y 1960, y mantuvo una actitud de relativo respeto hacia el profesorado universitario.

Entre 1958 y 1982, los salarios del personal docente eran acordados directamente entre las autoridades universitarias y los gremios profesorales. Durante este período, en el caso específico de la Universidad Central de Venezuela (UCV), el promedio de las remuneraciones de un profesor del escalafón inicial (Instructor) y del más alto (Titular) se situaba en 1593 y 3302 dólares estadounidenses respectivamente.

En contraste, hoy en día, bajo el gobierno de Nicolás Maduro, un informe presentado por la organización no gubernamental Observatorio de Universidades (OBU) revela que los profesores venezolanos perciben los salarios más bajos de América Latina, al compararlos con sus colegas de otros 15 países de la región. El informe destaca que el salario máximo que puede devengar un docente del sector público en el país apenas equivale a ocho dólares mensuales. Al realizar un análisis comparativo de los salarios en universidades públicas de 15 países de la región, Venezuela ocupa el último lugar, incluso por debajo de Cuba, donde los docentes reciben un ingreso mensual equivalente a 29 dólares. En el extremo opuesto se encuentra Brasil, donde los profesores universitarios perciben hasta 4231 dólares al mes. "Un profesor universitario en Brasil genera, con una clase de hora y media, más ingresos que los docentes venezolanos en todo un mes", enfatizó el OBU en su publicación.

Si comparamos las agresiones sufridas por la autonomía universitaria en Venezuela a lo largo de su historia con las de los últimos 10 años, podemos observar que en esta última década la academia venezolana ha sido víctima de un plan inédito de desmantelamiento institucional.

Presupuestos que apenas cubren entre un 1 % y un 20 % de lo solicitado, salarios de miseria, instalaciones vandalizadas y deterioradas, laboratorios cerrados, beneficios estudiantiles insuficientes (comedor, transporte, becas) y, en algunos casos, ataques y destrucción de instalaciones físicas, como en la Universidad de Oriente o la Universidad del Zulia (LUZ), son las secuelas de una política diseñada para arrinconar a instituciones que se han negado a perder su independencia política y administrativa.

Este deterioro inducido ha traído consecuencias nefastas para la educación superior en Venezuela. Se ha producido una diáspora profesoral, que más que una fuga, constituye una expulsión de cerebros. En 2022, alrededor de 3500 docentes habían abandonado o renunciado a sus cargos para aceptar ofertas de universidades latinoamericanas y de otras partes del mundo. Y no solo ha disminuido el número de profesores, sino que también la matrícula estudiantil ha ido decayendo de manera progresiva. Cifras conservadoras señalan una caída que oscila entre el 60 % y el 70 %. Dos ejemplos ilustrativos son: la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, con siete institutos distribuidos a lo largo del país, que ha visto disminuir su matrícula estudiantil de 105 000 en 2012 a menos de 45 000 estudiantes en 2023. En ese mismo año, la Universidad Central de Venezuela (UCV) registraba una matrícula de 20 476 estudiantes, lo que representa una disminución del 54.2 % con respecto a los 44 735 estudiantes que tenía en 2016.

Otro efecto preocupante es la casi desaparición de la investigación académica. En 1996, Venezuela aportaba cerca del 5 % de toda la producción de estudios en América Latina y el Caribe, ocupando el quinto lugar detrás de Brasil, México, Argentina y Chile. Para julio de 2023, la contribución de Venezuela se había reducido a menos del 0.6 %, descendiendo al octavo lugar. En cuanto a las patentes, hace años que no se evidencia ningún registro de innovación tecnológica.

Quizás el daño más profundo se ha infligido en el alma mater de los universitarios venezolanos. El debate académico se ha ido diluyendo ante la imperiosa necesidad de sobrevivir en condiciones tan hostiles.

Si bien es cierto que las universidades quedaron semivacías debido a las restricciones propias de la pandemia y la pospandemia, también es innegable que factores como la falta de gasolina y la escasez de recursos para el transporte, así como las nulas condiciones de bioseguridad y el cierre de servicios esenciales como el comedor universitario, contribuyeron a convertir los campus venezolanos en paisajes desolados.

A pesar de las iniciativas para continuar las actividades de forma remota, la dispersión, la desmotivación y la dedicación del tiempo a la búsqueda de recursos para la subsistencia hicieron que la vida universitaria se redujera a su mínima expresión, garantizando a duras penas las actividades docentes.

Esto condujo a la desaparición de toda actividad de investigación, discusión académica y confrontación de ideas.

La pandemia y la irrupción de las nuevas tecnologías, con la inteligencia artificial como paradigma, han dejado atrás a la universidad analógica para encaminarse hacia la universidad 4.0-5.0. Las relaciones sociales, el mundo del trabajo, las transacciones comerciales, la dinámica económica, la geopolítica, las comunicaciones, el marketing e incluso la producción cultural han adquirido nuevas formas y dinámicas.

Aunque es urgente atender las necesidades materiales de la universidad y de los universitarios, esto no justifica el incumplimiento de la misión que, legal y moralmente, corresponde a una universidad autónoma y democrática: ser la conciencia crítica de la sociedad venezolana.

El primer y más importante reto, por tanto, es preservar esa autonomía, que permite a las instituciones educativas innovar, investigar y formar ciudadanos críticos y comprometidos. Solo así podremos garantizar que la universidad siga siendo un espacio de conocimiento, libertad y transformación social, capaz de responder a los cambios y necesidades del mundo actual y del futuro. Es necesario asumir el reto de sacar a la universidad de la inmovilidad que padece; para ello, es imperativo transformarla. En gran medida, estamos enseñando conocimientos relevantes para hoy, pero que serán obsoletos mañana. Esto obliga a una profunda reflexión para evaluar si la universidad actual está dando respuestas adecuadas a una sociedad con nuevas exigencias y preguntas, siempre bajo la protección de la autonomía. Así, el primer reto fundamental es preservar la autonomía universitaria.

El segundo reto crucial que enfrentan las universidades venezolanas está relacionado con su supervivencia institucional. Aunque en el futuro se produzcan cambios en el modelo económico y político que actualmente los limita, estas instituciones deben prepararse para adaptarse y seguir adelante. Es fundamental que las universidades exploren y establezcan fuentes alternativas de financiamiento que les permitan mantener sus funciones esenciales, ofrecer una educación de calidad y continuar investigando y sirviendo a la comunidad. Entre las posibles opciones que podrían considerarse se encuentran la búsqueda de alianzas con el sector privado, la implementación de programas de educación continua y de posgrado que generen ingresos, la participación en proyectos internacionales, la creación de patentes y la comercialización de investigaciones, así como la obtención de fondos a través de donaciones y alianzas con organizaciones no gubernamentales. En definitiva, diversificar sus fuentes de ingreso será clave para garantizar su sostenibilidad y seguir formando profesionales que contribuyan al desarrollo del país, incluso en tiempos de incertidumbre.

Este escenario nos invita a una profunda reflexión: ¿está la universidad actual ofreciendo respuestas adecuadas a una sociedad que evoluciona rápidamente, con nuevas exigencias, desafíos y preguntas? La respuesta a esta interrogante debe estar siempre enmarcada en el respeto y la protección de la autonomía universitaria, que es un pilar fundamental para garantizar la libertad académica, la innovación y la investigación independiente.

En definitiva, transformar la universidad no solo implica actualizar sus contenidos, sino también fortalecer su autonomía, su capacidad de innovación y su compromiso con la sociedad. Solo así podremos construir una educación superior que prepare a las nuevas generaciones para los desafíos del siglo XXI, promoviendo un desarrollo sostenible, inclusivo y justo para todos.

Vivimos tiempos inéditos, donde la transformación es constante. Si la universidad del siglo XX no fue una mera réplica de la del siglo XIX, entonces la universidad del siglo XXI no puede concebirse desde la nostalgia de la universidad del siglo XX.

Por otro lado, la escasez de oportunidades laborales en el país, la precariedad laboral o la baja remuneración impulsan a los estudiantes a buscar empleo en otras naciones, donde pueden acceder a mejores perspectivas de carrera y salarios más competitivos. La deserción estudiantil y la fuga de talento pueden afectar significativamente la calidad del capital humano de un país y tener un impacto negativo en su desarrollo económico; asimismo, comprometen la calidad de la educación, la investigación y la innovación en las universidades.

La calidad de la enseñanza en la Universidad Central de Venezuela (UCV) ha sido motivo de preocupación y debate en los últimos años. Se han identificado problemas en la gestión académica, incluyendo la idoneidad de los docentes y la eficacia de los programas académicos. Sin embargo, a pesar de estos desafíos, la Universidad Central de Venezuela es la única representante del país en el listado mundial 2025 que publica la prestigiosa revista británica Times Higher Education (THE), ubicándose en el rango 691-700; aunque el puesto 691 no sea precisamente motivo de júbilo y sea necesario superarlo, produciendo las reformes necesarias académicas, organizativas y de relaciones con la sociedad.

Muchas gracias.

